

DESAFÍOS SOCIALES Y ÉTICA HUMANISTA EN EL SIGLO XXI

Por: Héctor Ceballos Garibay

EL CONTEXTO ECONÓMICO Y LA GLOBALIZACIÓN.

Heredera del mundo posmoderno de fines del siglo XX, la actual “sociedad mediática” reproduce en su seno una de las contradicciones más lacerantes que definen la vida contemporánea en los tiempos de la globalización planetaria: la presencia de una infraestructura técnico-científica ultradesarrollada que coexiste, trágicamente, con la pobreza extrema (hambrunas, pandemias, alta mortalidad, etcétera) padecida por una porción mayoritaria de seres humanos. Se trata de una contradicción particularmente irracional porque de acuerdo con la capacidad y potencialidad alcanzados por la tecnología y la ciencia vigentes, no deberían de existir hoy en el mundo cuestiones tales como la muerte diaria de millones de infantes víctimas del hambre y las enfermedades, la multiplicación incesante del analfabetismo y la ignorancia, y el incremento de la marginalidad y la discriminación sociales a la que son sometidos la mayoría de los habitantes en todo el orbe. Esta irracionalidad se vuelve oprobiosa en extremo si se comparan las cifras mundiales invertidas en armamentos con los gastos que los países destinan anualmente a educación o salud.

Si esta sofisticada y prodigiosa infraestructura tecnológica y científica, capaz de explorar el planeta Marte y de fabricar misiles atómicos intercontinentales, no se ha puesto al servicio de la población mundial ello obedece a una razón muy simple: quienes detentan y ostentan el macro poder técnico-científico constituyen una oligarquía (conformada por las élites económicas, políticas y militares de cada país), cuyo proyecto vital no es otro que la reproducción de su hegemonía regional y mundial sobre la base de perpetuar y ahondar las *desigualdades sociales* entre las naciones, las clases y los individuos. Quizá no se trate de un plan maquiavélico, trazado de manera intencional y concertada por parte de estas minorías ubicadas en la cúspide de la pirámide social, pero en la práctica y en sus resultados ocurre que el mundo aparece fatalmente dividido en dos enormes bloques polarizados: por un lado, esa omnipotente oligarquía plutocrática a la que pertenecen los monopolios, las transnacionales, las mafias y los miembros prominentes de la clase política; y, por el otro, las grandes mayorías de cada país que luchan en pos de salvaguardar su estatus

socioeconómico (las clases medias) y en aras de asegurar la mera supervivencia física (las masas depauperadas).

En un universo globalizado, multipolar, interdependiente, regido por normas de convivencia internacionales (sobre derechos humanos, libre comercio, desarme, ecología, etcétera) se requiere la construcción de Estados que sean más justos en lo social y más democráticos en lo político, que procuren relaciones económicas más equitativas al interior de sus fronteras y modos de integración más abiertos y tolerantes frente a la multiplicidad de culturas distintas y saberes diferentes que fluyen y convergen en todas las latitudes y que enriquecen la experiencia humana de vivir. El Estado Benefactor que estamos proponiendo debe, necesariamente, corresponderse y retroalimentarse con una *sociedad abierta* (en lo político, lo económico y lo cultural); debe, además, sustentarse en un proyecto gubernamental capaz de asegurar que la procuración de una mayor igualdad social no estará reñida con la eficiencia administrativa estatal, y capaz de percibir que el sano equilibrio de las finanzas públicas contribuye también a reforzar la vigencia del Estado de derecho y la continuidad de la paz social. La propuesta anterior no adolece de utopismo, ya que en varios de sus puntos se inspira en un referente histórico muy concreto y vigente: la prolongada y exitosa experiencia de los países socialdemócratas nórdicos, los cuales han podido construir sociedades altamente desarrolladas, donde la mayor equidad social se retroalimenta positivamente con el régimen democrático establecido.

EL CONTEXTO POLÍTICO Y LA DEMOCRACIA

La resolución de los graves problemas que aquejan a la humanidad no depende, exclusivamente, del papel directriz que pueda desempeñar el Estado en el actual contexto de globalización. Ciertamente, para poder enfrentar los desafíos locales y mundiales, presentes y futuros, no hay mejor camino que convocar a una mayor y más *activa participación política* de los grupos y asociaciones que conforman la heterogénea “sociedad civil”. A este respecto, el concepto *democracia alternativa* alude a un objetivo muy preciso: promover que los ciudadanos se involucren, lo más permanentemente que sea posible, en las tareas encaminadas a resolver los muy diversos asuntos que afectan a la comunidad nacional e internacional, ya se trate de cuestiones como la protección ecológica, las garantías a los derechos humanos, el respeto a la diversidad sexual, étnica y racial, o las peticiones

asistenciales y de mejores servicios al Estado. Así entonces, proponemos una *praxis política alternativa* que, por un lado, no se circunscriba a la esfera de los organismos estatales; y, por el otro, propicie la incorporación dinámica de los individuos a los diversos *movimientos sociales* que reconocen la importancia de incrementar su nivel de autoorganización y concientización ciudadana, lo cual presupone la elaboración de propuestas concretas y la corresponsabilidad en los esfuerzos por alcanzar el progreso comunitario. Sólo así podrán superarse los tradicionales mecanismos burocráticos y clientelares de una clase política cada día más alejada de los electores y crecientemente desprestigiada por actuar principalmente en función de conservar y perpetuarse en el poder.

Apelar a la *democracia alternativa* no significa, de ningún modo, desconocer las *conquistas civilizatorias* que trajo consigo la creación y propagación mundial de los sistemas democráticos modernos: la igualdad jurídica de todos los ciudadanos; el equilibrio entre los tres poderes: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial; la consagración constitucional de los derechos y las libertades fundamentales (de asociación, de pensamiento, de expresión, etcétera); la elección de los gobernantes a través del sufragio equitativo, libre y secreto; el pluripartidismo y la alternancia política; el respeto a las minorías y la aceptación de la diversidad humana en todas sus formas; y la convivencia pacífica y el apego de los individuos a disfrutar de su intimidad. Sólo después de haber reconocido las muchas bondades propias del Estado de derecho democrático, resulta posible entonces precisar la función *correctiva* y *complementaria* que asume esta modalidad democrática alternativa cuyo fin es lograr la ampliación y diversificación creativas de la participación política de los ciudadanos.

Desde esta perspectiva, concebimos a la *democracia alternativa* como una forma más activa y amplia de ejercer la política, como una *praxis virtuosa* (mezcla de sentido práctico y perspectiva ética) que sea capaz de contribuir tanto a la renovación de los modos tradicionales de ejercer el poder político, como a la superación de la multitud de disfunciones y deformaciones que amenazan la vida democrática de las “sociedades mediáticas” contemporáneas. La *democracia alternativa*, concebida en su triple determinación conceptual (la participación política activa y cotidiana, la función correctiva y complementaria, y la proyección ética hacia el bien común), constituye el principal elemento a desarrollar en esta búsqueda de un paradigma sociopolítico sustentable para este nuevo siglo. Sin su concurso, ciertamente será imposible reconducir el proceso de globalización hacia una coordinación

internacional más incluyente y democrática, y difícilmente podrá presionarse a los gobernantes de los distintos Estados para que apliquen *políticas públicas* que acrecienten la justicia social y multipliquen el goce imponderable de las libertades.

Además de la democracia alternativa, otros dos aspectos importantes constituyen los presupuestos esenciales para la construcción de una sociedad en donde la tolerancia funcione como valor axial de la democracia. 1- Respecto a la estructura psíquica de los individuos, resulta de fundamental importancia fomentar, a través de la familia y la escuela, la “personalidad libertaria”, que es lo opuesto a la “personalidad autoritaria” propia de los intolerantes. Nos referimos a la conformación de un *carácter autónomo* identificado con los elementos siguientes: tener un ego fuerte que evidencie una plena conciencia de la propia identidad social, étnica, sexual, racial y cultural; poseer una actitud crítica y autocrítica, habituada al diálogo racional y a la aceptación tanto del conflicto como de las naturales diferencias de ser y pensar; y cultivar una vida interior rica, sustentada en la creatividad individual y en el enriquecimiento afectivo de las relaciones interpersonales. No obstante la enorme dificultad social y educativa de formar sujetos que cuenten con una sana autoestima y bien adaptados a la cultura de la tolerancia, debe insistirse en que ésta es una tarea de primer orden, puesto que los estudios psicosociológicos han demostrado que a mayor inseguridad personal y falta de identidad de los jóvenes, más grande se vuelve su necesidad de desahogar la propia agresividad por medio de la hostilidad hacia los “otros”. 2- En relación con la sociedad, no hay duda que la tolerancia nunca podrá florecer si no es al amparo de una comunidad en donde prevalezca el Estado de derecho y se cumplan los principios que norman la democracia formal-representativa. A su vez, la tolerancia pasa a ser un requisito primordial para la convivencia pacífica y el desarrollo social, puesto que vivimos en conglomerados humanos caracterizados por la pluralidad de intereses, valores y conductas. Así pues, la democracia y la tolerancia son, en definitiva, conceptos y prácticas cotidianas interdependientes. No importa si, en el marco histórico de las sociedades concretas, se practican más o menos, de cualquier modo ambas son preferibles a sus opuestos: la dictadura y el fanatismo. La mancuerna de tolerancia-democracia tiene un mismo objetivo: conseguir la emancipación política de los seres humanos, es decir, hacer posible el triunfo de la libertad, la conquista de la autonomía y la propagación de una cultura que cultive el respeto a los diferentes.

EL MODELO CONSUMISTA DE VIDA

La mayor dificultad para concebir una ética sustentada en la templanza humanista estriba, sin duda, en la asociación mecánica y unívoca que los ideólogos de la sociedad capitalista han establecido entre la *felicidad* y la capacidad de consumo, entre el bienestar individual y la posesión de objetos materiales, entre la realización personal y el arribismo social. En efecto, desde la invención del periodismo escrito, pasando por la proliferación de la radio, el cine y la televisión, hasta llegar a la actual utilización de la Internet, los medios de comunicación de masas han cumplido cabal y eficientemente con una de sus estratégicas misiones al servicio de la reproducción del sistema en su conjunto: manipular la conciencia y la autoestima de la gente, domesticar su sentido del gusto (para volverlo más dócil a los caprichos de las modas y a los ideales occidentales de salud y belleza), y dictar las maneras de cómo deben los individuos emplear su tiempo libre (un concepto de ocio asociado primordialmente con la compra de mercancías y con el uso y abuso de drogas, alcohol y sexo).

Las consecuencias de este diario ejercicio de lobotomía social no podrían haber sido más funestas, baste mencionar cuestiones intrínsecas a la condición posmoderna tales como: el imperio de lo efímero, la homogenización de la cultura mediante el “pensamiento único”, la multiplicación del alma mediocre y sumisa, la producción vertiginosa de productos chatarra y de billones de toneladas de basura, el despilfarro inmisericorde de recursos naturales y humanos, el sometimiento político de las masas a las élites tecnocráticas, y la conformación de un mundo voraz en donde la antropofagia resulta ser el mejor camino hacia el éxito. Y tener éxito, según este paradigma mercadotécnico y fetichista, no significa otra cosa que conseguir a cualquier precio y por cualquier medio esa anhelada tríada constituida por el dinero, la fama y el poder. Así entonces, ya se trate del sentido último y más profundo de la existencia humana o de las nociones de goce y diversión, descanso y entretenimiento, todos estos conceptos se encuentran indisolublemente ligados a la lógica de procurar el máximo consumo de mercancías, a la búsqueda insaciable del mayor lucro posible, y a la explotación irracional e intensiva del hábitat mundial. De seguir así las cosas, es decir, si no se fomenta un cambio radical que lleve a la construcción de otro paradigma socioeconómico y cultural de vida que sea alternativo al actual, no sería exagerado vislumbrar un futuro en donde el paulatino ecocidio del planeta se convertirá en una de las causas de una probable autoaniquilación de la especie humana.

Y no obstante los inconmensurables avances civilizatorios (el respeto a los derechos humanos, la igualdad jurídica, el liberalismo, el confort, la tolerancia, la higiene, la privacidad, la democracia y los logros tecno-científicos recientes: la cibernética, la ingeniería genética, la nanotecnología, la información satelital, la fertilización *in vitro*, el mapa del genoma humano, etcétera) legados por la era moderna y posmoderna, resulta evidente que la sociedad del siglo XXI todavía se encuentra enormemente confundida y manipulada sobre lo que es o debe ser el arte del “buen vivir”. Por un lado, aparece la nociva respuesta tecnoburocrática: la homogenización del pensamiento, la estandarización de los patrones de conducta, la sacralización de la ciencia, la robotización del alma, todos ellos fenómenos impuestos por las élites del poder a una comunidad mundial masificada y globalizada, la cual, por desgracia, continúa siendo víctima del adoctrinamiento ideológico consumista y aún no aprende a defender su mayor riqueza: la vasta diversidad cultural de la especie. Por el otro, prolifera por doquier esa ancestral *ilusión* inventada por los hombres para darse seguridad y consuelo: la mentalidad mítica y religiosa, ya sea que se exprese a través del sectarismo y el dogmatismo de los monoteísmos tradicionales (musulmán, cristiano, budista), o bajo la forma del misticismo contemporáneo: el *new age* y sus múltiples variables de esoterismo ramplón que se venden a manera de recetas infalibles para la superación personal o bien como técnicas de adivinación de una felicidad predestinada. Así pues, ninguna de estas dos respuestas ofrece una perspectiva racional y tolerante que, ya sea en el plano individual o social, ayude a aliviar el malestar civilizatorio de una comunidad mundial sumida en el círculo vicioso sadomasoquista de poseer, consumir, despilfarrar y destruir todo: cosas y personas.

Frente al funesto panorama actual, nada mejor que postular el arte del “buen vivir” tal como lo hicieron los filósofos hedonistas de la antigüedad. Desde esta loable perspectiva, la felicidad no depende de la virtud (identificada por los socráticos con la justicia), sino que más bien se relaciona con el *placer* (edoné) concebido como un *fin* en sí mismo. Dos elementos más aparecen como pilares del hedonismo heleno: a) el goce no se consigue a partir del disfrute de los bienes externos sino gracias a las satisfacciones profundas del alma, y b) la verdadera sabiduría radica en la prudencia con la cual el hombre evita los excesos pasionales a fin de alcanzar un equilibrio interno que sustente la propia felicidad individual. Por fortuna, el *homo ludens*, ese sujeto hedonista que sabe jugar, reír y gozar con medida de los placeres materiales y espirituales, no tiene por qué estar reñido con la persona responsable y virtuosa que se preocupa por la marcha de los asuntos públicos de la

comunidad. Al contrario, él reconoce mejor que nadie que ya es hora de cambiar los paradigmas conductuales de la sociedad fetichista actual si de verdad se quiere mejorar la calidad de vida de los pueblos y cultivar de manera racional el hábitat planetario, única forma, por lo demás, de hacer que tenga sentido la preocupación acerca de cómo conseguir la felicidad individual.

EL CONTEXTO EDUCATIVO Y LA PEDAGOGÍA CRÍTICA

Desdichadamente, los sistemas educativos actuales atraviesan una grave crisis ya que, en vez de consolidar su perfil humanista, la escuela que prolifera hoy en día, tanto la privada como la pública, en esta y en otras latitudes, se distingue por tener un rostro crecientemente tecnocrático y por estar al servicio de una sociedad corroída por fenómenos sociológicos como el “egoísmo posesivo”, el consumismo despilfarrador, la competencia voraz y la enajenación social de los individuos. Y si a esta cruda realidad le agregamos cuestiones tales como el “analfabetismo funcional”, la pasividad intelectual y el acriticismo que muestran los jóvenes de nuestro tiempo, el panorama global aparece teñido de negro. Para colmo, la actual recesión económica mundial, cuyos efectos son más devastadores en los países subdesarrollados, vuelve aún más dramáticas las consecuencias funestas de esta educación tecnocrática que se ha querido imponer de manera excluyente en todo el orbe y durante las últimas tres décadas.

Uno de los lastres más evidentes de la escuela tecnocrática es la atomización del conocimiento, su especialización extrema, a un grado tal que se descuida la *formación integral y humanista* del saber. De esta forma, la parte predomina sobre el todo y la hiperespecialización profesional conduce, irremediablemente, a la pérdida de la visión del conjunto. Y, tal como lo expusiera Hegel, es la *totalidad* la que le da *sentido* a lo particular. La consecuencia no es otra que la proliferación de “hombres parciales”, es decir, sujetos que saben mucho de su rama específica, pero que son ignorantes en lo que respecta a cuestiones ajenas a su profesión. En la actualidad ciertamente sería utópico proponer como modelo a seguir ese “hombre universal” que, en los albores del mundo moderno, encarnaron Leonardo y Goethe; pero tampoco debe haber duda acerca de que los cuantiosos recursos tecnológicos de ahora permitirían a cualquier estudiante, al menos potencialmente, adquirir una cultura menos fragmentada y más actualizada y diversificada. ¿Acaso es imposible que

los especialistas técnicos, también sean individuos informados en cuestiones de arte, filosofía y política? ¿Por qué razones, aquellos que estudiaron disciplinas sociales, tendrían que ser ignorantes en cuestiones científicas o administrativas? La división del trabajo existe y crece sin cesar, pero ella no debe ser pretexto para justificar la apatía y la pereza de todos aquellos profesionistas que sólo se interesan en ser suficientemente buenos como para asegurar su bienestar económico, y se despreocupan de la importante tarea de cultivar una *formación integral y humanista*, en donde el universitario no sólo tenga una preparación general sólida y vigente, sino que también incluya el enriquecimiento cultural permanente: aprender a valorar y saber disfrutar de las artes y del goce estético.

La hiperespecialización del conocimiento tecnocrático se contrapone a la búsqueda de una *educación integral y humanista*. Desde esta perspectiva, el desarrollo de la sensibilidad (que depende en buena medida de la educación artística) es tan importante como la maduración profesional e intelectual de los individuos. Así entonces, una *formación integral y humanista* presupone los siguientes puntos: a) construir una cultura académica amplia y general de conocimientos; b) capacitarse al máximo en una disciplina particular, sin olvidarse de los marcos globales del conocimiento; c) reivindicar el gusto y la práctica de las artes como una manera idónea de enriquecer la percepción sensible y la manera de concebir el mundo; y d) adquirir una *conciencia crítica* como sujetos que participan activa y comprometidamente en los asuntos sociales y políticos de la comunidad.

Otra consecuencia funesta de la escuela tecnocrática reside en su papel como una institución donde se refuerzan los seudovalores del *homo videns*, ese individuo que ha sido educado a partir de una “cultura visual” (Internet, televisión, videos, etc.) superficial y efímera, y el cual se muestra incapaz de practicar el trabajo intelectual a la manera de los universitarios de antaño, es decir, sobre la base del rigor metodológico, la imaginación científica, y la facultad de investigar, escribir libros y divulgar el conocimiento. Los estudiantes de la sociedad contemporánea, en su mayoría, no aman los libros, desprecian cualquier información que no les sea de utilidad inmediata, carecen de disciplina y concentración intelectual, y, para colmo, acusan una intolerancia frente a los que piensan y actúan diferente a ellos. En este sentido, reivindicar los patrones de excelencia de la educación humanista es algo fundamental que no sólo atañe al desarrollo social y tecnológico de los países, sino que también se convierte en una tarea indispensable para coadyuvar al fortalecimiento de los valores democráticos. En efecto, el genuino espíritu

académico, sustentado en la discusión permanente y respetuosa de las diferencias intelectuales entre colegas, constituye la mejor vía para fomentar una cultura ciudadana basada en la tolerancia y en la reivindicación de los derechos humanos.

El tercer aspecto repudiable de la escuela tecnocrática es su modalidad como una fábrica que produce *mercaderes en serie*, sujetos pragmáticos y competitivos, cuya preocupación reside exclusivamente en escalar la pirámide social y en lucrar al máximo con el uso de su profesión. Dada esta tendencia, brilla por su ausencia una de las misiones más loables del estudiante humanista: la vocación de servicio a la comunidad, el sentido de responsabilidad de cara a las ingentes necesidades de países como México, el empeño noble por retribuir a la sociedad lo mucho que ésta ha puesto en pro de la educación. La *conciencia crítica* y la actitud altruista son, por fortuna, dos derivados lógicos de la pedagogía humanista. Pero ello no significa que las instituciones escolares deban, en cuanto tales, politizarse y renunciar por ende a sus tareas sustantivas (la enseñanza-aprendizaje, la investigación científica, la difusión de la cultura) en aras de contribuir a la revolución social o con el objetivo de servir a causas partidarias ajenas a la vida académica. Otra cosa muy distinta es procurar que los miembros de las escuelas humanistas adquieran durante su formación, en el marco de una dinámica laica, científica y pluralista, una *conciencia crítica* que se manifieste y se luzca cuando luchen como ciudadanos particulares en favor del bien público.

Los tres principios rectores de la docencia humanista: la *formación integral*, el *espíritu científico* y la *conciencia crítica* son, al mismo tiempo, el camino idóneo para recuperar la vieja tradición escolar que se remonta a los griegos, pasa por las escuelas medievales y alcanza su cenit en el siglo XX. El objetivo es finalmente recuperar algo que por desgracia se ha ido perdiendo en los últimos años: el amor y la pasión por la producción y la transmisión del saber en beneficio tanto de los individuos como de la comunidad.

La tarea que proponemos no es sencilla, pues por un lado tenemos la hegemonía de una educación tradicionalista y positivista que se fundamenta en cuestiones como la memorización, la acumulación incesante de datos, la disciplina autoritaria, la imposición de valores discriminatorios, la rigidez conceptual, la ortodoxia metodológica y la sacralización de la razón y la ciencia; y, por el otro, nos enfrentamos a una estructura económica fetichista y despilfarradora que utiliza todos los recursos mercadológicos y técnicos (televisión, cine, videos, Internet, etc.) a su alcance para inducir en las poblaciones un modelo de vida

sustentado en el *imperio de lo efímero*: la masificación de las modas, el consumo suntuario, la manipulación del ocio y la propagación de una sensibilidad *kitsch* que vuelve a los sujetos incapaces de distinguir lo feo de lo bello, lo cursi de lo sublime, lo trillado de lo original, el pseudoarte de la verdadera creación artística.

Para combatir este aciago panorama cultural y educativo (agravado por el predominio del analfabetismo real en los países subdesarrollados y del analfabetismo funcional en los desarrollados), es perentorio apelar a la fructífera simbiosis entre la *pedagogía crítica* y la educación artística como una alternativa posible y eficaz para salir del marasmo civilizatorio actual. Sólo así, por medio del aprendizaje crítico y estético, estaremos en condiciones de construir una convivencia humana que se fundamente en el ejercicio cotidiano de la *creatividad* y en el embellecimiento diario de nuestro entorno natural y social.